

Capítulo 3

Las bases materiales: necesidades, reivindicaciones y sujetos. Mujeres y protagonismo territorial

*María Teresa Bosio, Nicolasa Bertotto,
Milena Salinas Gómez y Vanesa Carla Videla*

3.1 | Las bases materiales según la perspectiva decolonial: de las necesidades a la construcción de demandas/reivindicaciones

Los autores con los cuales elaboramos nuestro marco de análisis (Dussel, Lineras, Tapia y Boaventura de Souza Santos) construyen una mirada crítica en relación al proceso de occidentalización de América Latina y proponen otro modo de analizar las relaciones de producción y de subordinación. Incorporan la *colonialidad* como matriz inteligible para entender los procesos de dominación en América Latina, analizando cómo la perspectiva desde la cual se organiza la economía occidental es pensada como un sistema de producción únicamente, despojado de otras dimensiones, mientras que desde una perspectiva *decolonial*, la economía occidental debe ser vista como una institución compuesta por sistemas de producción, poder y significación.

Según Lander (2000):

Los tres sistemas se unieron al final del siglo XVIII y están inseparablemente ligados al desarrollo del capitalismo y la modernidad. Deben ser vistos como formas culturales a través de las cuales los seres humanos son transformados en sujetos productivos. La economía no es sólo, ni siquiera principalmente, una entidad material. Es, ante todo, una producción cultural, una forma de producir sujetos humanos y órdenes sociales de un determinado tipo (p. 16).

Desde esta posición teórica e ideológica la base material de los sujetos no implica solamente las relaciones de producción que los involucra, ni la resolución de necesidades materiales, sino también los modos de construir esa resolución, los recursos con los que los sujetos cuentan y la relación con el contexto cultural, político y social en el cual resuelven estas necesidades.

Introduciéndonos a la categoría de necesidad, desde una perspectiva marxista del ser humano, Peralta cita a Agnes Heller (1978) quien define a las necesidades como un *“deseo consiente, aspiración, intención dirigida en todo momento hacia un cierto objeto y que motiva la acción como tal”*, siendo dicho objeto un producto social que puede ser tanto una mercancía, una relación, un modo de vida, otros hombres.⁴⁴

Se derivan así los siguientes

elementos esenciales del concepto: a) la correlación entre necesidad y objeto es mutuamente determinante ya que las necesidades son ‘explicitadas’ en las objetivaciones y en el mundo objetualizado y, a su vez, las actividades que se objetualizan crean nuevas necesidades; b) ‘la objetivación social fija el ámbito, delimita la extensión de las necesidades de los hombres que viven en determinado estrato social’; c) las necesidades son personales y sociales a la vez, ya que sólo las personas anhelan algo y siempre el objeto de toda necesidad vendrá proporcionado por la ‘objetivación social’; y d) la tendencia objetual de las necesidades es lo que les da su carácter activo (Peralta, 2006: 26).

Desde la economía política y en la perspectiva del desarrollo humano (Max Neef, 1982) también define las necesidades como una tensión entre carencia y potencia, y a los diversos modos de resolverlas como satisfactores, superando el concepto de bienes económicos. Clemente (2004) realiza

44. Heller fundamenta el concepto de “estructura de las necesidades” que desarrolla la autora, como una de las estructuras interdependientes esenciales del capitalismo como formación. Al proponer que *“toda formación social es un todo unitario, una globalidad de estructuras ordenadas entre sí de un modo coherente y que se fundamentan recíprocamente, no existiendo entre ellas relaciones de tipo causal ya que su función solamente puede desarrollarse en virtud de su situación recíproca”*, se entiende que las necesidades no tienen una existencia aislada, sino que cada sociedad tiene un sistema de necesidades propio.

un recorrido teórico en cuanto a la pobreza, el concepto de necesidades y las diversas perspectivas en torno a las formas de su medición. La autora recupera la mirada de Max Neff en relación a que *“las necesidades humanas se presentan como un sistema interrelacionado”*, considerando que los objetos de satisfacción o los satisfactores son infinitos y culturalmente determinados. Clasifica las necesidades en dos grandes grupos: existenciales que implican el ser, el tener, el hacer y el interactuar, y las axiológicas que implican subsistencia, protección, afecto, comprensión, participación, creación, ocio, identidad y libertad. En el proceso de satisfacción tienen lugar complementariedades y compensaciones y en cada contexto se estructuran dentro de un sistema, siendo múltiples e interdependientes: *“Una necesidad puede ser satisfecha de múltiples modos y un satisfactor puede cubrir varios tipos de necesidad”* (Clemente, A 2004: 66-67).

Comprendidas en un amplio sentido y no limitadas a la mera subsistencia, las necesidades patentizan la tensión constante entre carencia y potencia tan propia de los seres humanos. En la medida en que las necesidades comprometen, motivan y movilizan a las personas, son también potencialidad y, más aún, pueden llegar a ser recursos. Al expresar las relaciones entre necesidades y el mundo objetualizado, estamos haciendo referencia a las relaciones como mediaciones, entre las necesidades y algún tipo de capital sea material o simbólico que atraviesan en las conquistas/luchas/ demandas de los procesos de resolución.

Según Dussel, la base material es la producción, reproducción y aumento de la vida de los ciudadanos, y es el contenido de toda acción política que se organiza para la resolución de las necesidades. *“La voluntad-de-vida es la tendencia originaria de todos los seres humanos...”* (Dussel, E., 2006: 23). Aquí, en esta búsqueda por inventar los medios de sobrevivencia, se construye el poder político: *“La voluntad de vivir de los miembros de la comunidad o del pueblo, es ya la determinación material fundamental de la definición de poder político”*. Es a partir de esta base material que se edifica la política; al decir de Dussel, *“la política es una actividad que organiza y promueve la producción, reproducción y aumento de la vida de sus miembros”* (2006: 23).

La constitución de una organización que nuclea a ciudadanos en función de sus necesidades-reivindicaciones es un paso de la *potentia* a la *potestas*, en el que la base material sigue siendo el eje rector: la voluntad de vivir,

consensual y fáctica debe intentar por todos los medios permitir a todos sus miembros que vivan, que vivan bien, que aumente la calidad de sus vidas (Dussel, 2006). En los diversos escenarios sociales, cada sector particular tiene reivindicaciones específicas, por lo que se hace necesario construir una demanda hegemónica que logre unificar en una propuesta más global varias reivindicaciones. El autor de referencia (Dussel, 2006) afirma que:

Cuando una acción se torna hegemónica opera la movilización del poder de la comunidad, del pueblo (potentia), y las acciones de los representantes fluyen apoyadas en la fuerza y motivación de todos, o al menos de las mayorías significativas, hacia sus objetivos. La acción hegemónica es el ejercicio delegado pleno del poder del pueblo (postestas), y cuenta con el consenso, la fraternidad y el fundamento del poder del pueblo. (p. 52)

Este reconocimiento de las necesidades, que se transforman en reivindicaciones, construye el principio político material, que implica que la norma de toda acción, de organización o institución del ejercicio delegado del poder, tenga siempre como propósito la producción, mantenimiento y aumento de la vida de los ciudadanos de la comunidad política. Ese poder se construye siempre obediente a los reclamos y derechos de este pueblo.

Como ya lo analizamos, las necesidades de los sujetos (individuales y/o colectivos) forman parte de la base material, permiten la afirmación de demandas efectivas que posibilitan la construcción de oportunidades objetivas para satisfacerlas; inclinándose a vivir de acuerdo a las condiciones dadas, al mundo conocido y establecido, pero también generando rupturas/repertorios de movilización para resolver estas necesidades en procesos de interpelación y/o apelación al estado.

En los contextos territoriales analizados los procesos de reconocimiento de las necesidades y sus diversas formulaciones en torno a la construcción de reivindicaciones se conectan con la noción de demanda. Hermida (2014), siguiendo a Laclau, analiza la emergencia de subjetividades colectivas politizadas en cuanto afirma que:

Diferentes sectores tienen diferentes necesidades, éstas se expresan en demandas. Las demandas democráticas (aquellas que intentan tramitarse vía gestión o reclamo, pero dentro de la institucionalidad)

al no ser vehiculizada por el Estado se convierten en demandas populares de grupos determinados, que pueden unirse a otras a través de la conformación de cadenas de equivalencias (p. 4).

Según la autora:

Las cadenas de equivalencias emergen por medio de la identificación con un significativo vacío (libertad, igualdad, bien común, un líder determinado), que en tanto no remite necesariamente a un objetivo definido claramente, sino a un espectro de posibilidades de identificación común, que permite que se construya subjetividad colectiva, delimitando una frontera interna, un nosotros/ellos, la posibilidad del antagonismo y la construcción de nuevas hegemonías (p. 4).

Para Hermida (2014) esta visión de la política concibe a la identidad popular como algo más que la suma de demandas, ya que en ella se juega la tensión entre diferencia y equivalencia de las distintas demandas que se articulan. La demanda como pedido y la demanda como reclamo o exigencia, es decir, se desarrolla una transición de la petición al reclamo, como los dos polos de un mismo proceso:

A una demanda que satisfecha a o no, permanece aislada, la denominaremos demanda democrática. A la pluralidad de demandas que, a través de su articulación equivalencial, constituyen una subjetividad social más amplia, las denominaremos demandas populares: comienzan así, en un nivel muy incipiente, a constituir al “pueblo” como actor histórico potencial (2014: 13, en Laclau, 2008: 99).

Podemos entender a la demanda no como necesidad objetiva insatisfecha sino como un movimiento en el que un sujeto –organizaciones colectivas– reconocen un deseo, tienden a un objeto, a un estado diferente al que percibe que tiene en un momento determinado y, a la vez, comprende que eso otro que demanda le corresponde por derecho, buscando ya sea a través del pedido o la exigencia, insertarse en un proceso en el que el Estado (que es un único garante de derechos) deberá dar respuestas.

Observamos cómo las prácticas sociales y políticas de los sectores populares, durante el período estudiado –2010 al 2015– se abren alternativas de resolución de necesidades que transitan de la demanda material y social a la construcción de una alternativa política, la que está directamente vinculada con la resolución de los problemas de la pobreza, en estos casos concretos referidos al acceso a la tierra, la vivienda y el trabajo. La toma de tierras es una acción que resuelve estas necesidades en el sector sureste de la ciudad. En esta acción reivindicatoria se construye una identidad política más colectiva, que permite, a su vez, construir nuevas demandas y soluciones articulando con los agentes y programas del Estado.

Enrique Dussel (2006) ubica la cuestión de las necesidades como una clave de entrada a “la política”, entendiéndolas como “*negatividades (falta de algo) que deben ser negadas por satisfactores. Entonces, para mantenerse vivo, el ser viviente necesita empuñar o inventar medios de sobrevivencia*” (p. 24). En este sentido, entendemos que los significados sobre la política no se construyen teóricamente sino a partir de las experiencias concretas para lograr la resolución de dichas necesidades, articulando, consensuando, disputando con los pares –con los que están en la misma situación– y líderes sociales, para confrontar acerca de cuáles son las estrategias efectivas y posibles, la relación o no con el Estado y sus agentes. En ese camino es que estas organizaciones transitan de la demanda social en pos de mejorar sus condiciones de vida a la dimensión de la política, encontrando interlocutores que les permiten pensarse como actores en un marco de derechos y participación.

Hemos identificado que durante estos últimos años se han redefinido identidades organizacionales⁴⁵ que expresan experiencias interesantes para profundizar sobre el movimiento dialéctico entre lo social y lo político. Uno de los procesos más significativos en el campo de la acción

45. Desde el año 2012 el equipo de investigación del cual formamos parte comienza a indagar acerca de los procesos organizativos de un movimiento social que se construye en un espacio territorial a partir de una toma de tierras, llevada a cabo por la Agrupación Aníbal Verón. Esta fue parte del Movimiento Piquetero durante finales de la década de los '90. A partir del 2005 redefine sus reivindicaciones políticas alineándose con el Gobierno Nacional. El 18 de julio del 2012 esta agrupación se suma al Movimiento Evita. En palabras de su referente: “*En el marco de este contexto histórico entendemos necesario desde las organizaciones que venimos luchando por la tierra y la vivienda avanzar en mayores niveles de unidad*” (Pablo Montes, de la Agrupación Aníbal Verón). Ver en: <http://www.cba24n.com.ar/content/organizaciones-de-c-rdoba-se-suman-al-movimiento-evita>.

política fue identificar cómo las organizaciones de base territorial despliegan estrategias de articulación con el Estado,⁴⁶ que les permiten captar recursos y emprender un camino de identidad e institucionalización.

La resolución de las necesidades se da en la articulación entre

la vida cotidiana como espacio tiempo-espacial donde sucede esta resolución, los capitales con que se cuenta como punto de partida para la búsqueda de respuestas, y los procesos de lucha en torno a las necesidades como constitutivos de dicha resolución (Peralta, M.I., 2006; 27).

En los procesos de resolución cuando se presentan “efectivamente” las demandas para la obtención de determinados recursos entran en juego saberes y trayectorias, en términos de recursos informacionales y relaciones que se entretienen entre los agentes involucrados. Las demandas construidas en el contexto social, su interpretación y problematización por parte de los diferentes actores, son la expresión política que adquiere esta cuestión, que claramente se encuentra ligada a los procesos organizativos territoriales y condicionada por las relaciones Estado-sociedad a nivel estructural. Por consiguiente, la resolución de la misma genera acciones que se encuentran atravesadas por la tensión entre estas demandas y la acción política en el territorio, y en un diálogo más amplio, con la construcción de una agenda electoral que se despliega, en mayor o menor medida, de acuerdo al escenario de disputa por la hegemonía política de uno u otro modelo de país. El período histórico en el cual desarrollamos nuestra investigación se caracterizó por una fuerte disputa política.

Los sujetos que forman parte de la organización construyen una idea de protección asociada a la construcción de un “nosotros” donde los lazos afectivos y las emociones que surgen del cuidado mutuo son muy significativas frente a las amenazas externas que pueden poner en riesgo logros colectivos, como por ejemplo, la ocupación de tierras y la construcción del barrio. Aquella vivencia de la protección cercana vinculada a lo familiar se proyecta a lo público y recrea una red de solidaridad sobre la que se funda el ideario de la organización social-política, marcando las relaciones entre sus miembros, en general, y entre los

46. Este aspecto se aborda específicamente en el Capítulo 4.

miembros de base y dirigentes, en particular. Comparten experiencias de vida propias del campo popular que nos remiten a la tesis 2 de Dussel (2006): “*Para mantenerse vivo, el ser viviente necesita empuñar o inventar medios de sobrevivencia*”. Esta “*voluntad de vivir es ancestral y de tendencia comunitaria, por ello están presentes las estrategias de solidaridad y de tendencia a constituirse en un grupo*” (p.13).

Desde este marco de referencia identificamos que se construye una experiencia organizativa que resuelve necesidades materiales (el asentamiento se consolidó a partir de la toma de tierra, el comedor y copa de leche, una cooperativa de trabajo) y simbólicas (los sentimientos de pertenencia, solidaridad e identidad). Más adelante recuperaremos estos elementos y tipo de necesidades sobre la base de referencias empíricas de los protagonistas del proceso.

La experiencia organizativa se construye sobre una base de procesos de lucha en pos de la resolución de las necesidades. Siguiendo a Fraser (1994) resaltamos que estos procesos de lucha política por las necesidades se expresan en el ámbito de lo público y tienen un componente discursivo fundamental antes de llegar al momento de la asignación de los recursos, ya que la instalación de un tema o reivindicación en la agenda pública y la definición sobre cómo se concibe la misma son momentos previos a la disputa por los recursos. Es de la mano de este proceso que las necesidades adquieren el carácter de demandas –entendidas como expresión o manifestación del reconocimiento de una necesidad que lleva a explicitar un requerimiento y que puede tener un carácter individual o colectivo– y de reivindicaciones –cuando las exigencias objetivas son colectivamente asumidas por los trabajadores o por un sector social– y se manifiestan en forma organizativa.

Por otra parte, la resolución de necesidades-demandas-reivindicaciones de los sectores subalternos involucra ineludiblemente al Estado y las políticas sociales. La relación Estado y sociedad adquiere particularidades históricas y, en el caso argentino y latinoamericano, podemos decir que

las instituciones estatales latinoamericanas y argentinas abocadas a la protección social se asientan sobre rasgos particularistas, personalistas y de lealtad, pasando los mismos a formar parte de la cultura política de las sociedades. Estas características constituyen un marco

institucional y una cultura política favorable a la emergencia de las relaciones clientelares en el campo de las políticas sociales (Peralta, 2006: 163).⁴⁷

Esta realidad se expresa en las redes de micro poderes instituidas cuando los sectores populares circulan por las instituciones de políticas sociales, en la búsqueda de respuestas a las necesidades, constituyendo disposiciones, trayectorias y estrategias.⁴⁸

Los sujetos (individuales o colectivos) demandan en función de lo que consideran posible o probable pueden esperar, pero también pueden demandar en términos de reivindicaciones, algo que no está previsto o que previsto, no está funcionando como acceso efectivo. En general, esto es protagonizado por sujetos colectivos. Así, se puede diferenciar entre estrategias que “apelan” o que “interpelan” al Estado.

Un contexto de tensión entre modelos de Estado y de enfoque de políticas sociales como el escenario en el que se ha situado nuestra investigación, ha impactado en las identidades de las organizaciones abocadas a la resolución de reivindicaciones de sectores de pobreza urbana. En el acto de nominar, de identificarse como grupo bajo un nombre (significante vacío, pero no por eso caprichoso en su elección), ese colectivo se reconstruye –tanto el grupo como cada individualidad que lo compone se reconoce de una manera diferente– siendo los mismos, pero a la vez siendo otros a aquellos que preexistían a su surgimiento como colectivo (Hermida, 2014).

47. Para ampliar este punto: Peralta, M. I (2006). Acceso a las políticas sociales, ciudadanía y clientelismo. En Garcés L. y Lucero, M. (2006). *Políticas Sociales y ciudadanía*. San Juan: Ed. Fundación Universidad Nacional de San Juan.

48. Estela Grassi, trabajadora social y antropóloga, mantiene una línea de investigación sobre esta dimensión de las políticas sociales, vinculando las concepciones de sujeto que subyacen en las políticas sociales y su impacto en la constitución de las identidades de los usuarios, constituyendo un importante aporte en el cruce de cultura, política y subjetividad. Véase en Grassi, E., Hintze, S. y Neufeld, M. (1995, noviembre). Políticas Sociales y sujetos de derechos. *Cuadernos Médico Sociales*, N° 72. También en Grassi, E. (Comp.). (1996). *Las cosas del poder*. Bs. Aires: Espacio Editorial. O Grassi, E. (2003). *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal. La otra década infame (I)*. Bs. Aires: Espacio Editorial.

3.2 | Tierra y vivienda: necesidades y la construcción política en el territorio

En el año 2005, dirigentes cordobeses de la organización Aníbal Verón organizan una toma de tierras en el sur de la ciudad de Córdoba. Esta toma de tierras da cuenta de un proceso de resolución de necesidades materiales referidas al acceso a la misma y a la vivienda. Participaron de esta toma aproximadamente cien familias y estuvo liderada por un grupo de personas con trayectoria histórica de militancia en el movimiento piquetero de finales de la década de los '90 e inicios del 2001. En aquel contexto, estas organizaciones (piqueteras) surgen diferenciadas de los partidos políticos y explicitando rechazo a las prácticas políticas partidarias tradicionales, con el objetivo de satisfacer necesidades básicas ligadas a la reproducción cotidiana de la existencia (alimentación, vivienda, trabajo) y generar procesos de lucha-resistencia-protestas por la reivindicación de derechos.

Este tipo de acción colectiva está contenida en el concepto de Tapia (2009) sobre movimientos sociales:

Los movimientos sociales suelen hablar de algo que no tiene lugar en la sociedad, sobre la ausencia de algo deseable, cuya consecución se busca y conquista en el movimiento y en la reforma de los espacios políticos existentes. Son la forma de la política excedente en un país, casi siempre generada a partir de la experiencia y politización de algún tipo de escasez o pauperización causadas por los principios de distribución existentes. Los movimientos sociales suelen constituirse en torno a cuestionamientos y demandas sobre el orden distributivo vigente o, menos frecuentemente, como proyectos políticos de cuestionamiento y reforma del orden político en su conjunto (p. 2)

En la década de los '90 las necesidades que movilizaban la acción colectiva estaban vinculadas a estrategias de sobrevivencia, y las acciones de interpelación al modelo económico se desarrollaban en escenarios estratégicamente organizados tales como los piquetes y cortes de rutas.

Uno de los entrevistados (E.1)⁴⁹, referente histórico de los procesos organizativos que se fueron desarrollando en este territorio, da cuenta de cómo se fue transformando el sentido y la acción a medida que iban produciendo una lectura del contexto político:

(...) Movimiento Evita tiene sus raíces en lo que fue la resistencia política de los '90, y si bien es cierto que hubo algunas experiencias de resistencias políticas muy marginales, decimos marginal por que casi no tenía una expresión a nivel nacional y por eso era una política fragmentada, digamos, donde la llevaban adelante distintas agrupaciones con distintas características (...) a lo largo y a lo ancho del país había resistencias, fundamentalmente en algunas expresiones políticas que fomentaban esas resistencias (...) eso se dio en distintas agrupaciones, en distintas formas, pero se fue nucleando y, en su primer momento, se formaron los primeros movimientos que tomaban los nombres de compañeros que habían sido muertos en esas luchas, y después se hizo una expresión 'patria o muerte' cuando muere Santillán, y ahí nace el Movimiento Evita, cuando empezamos a ver que el proceso político acompañaba a la construcción popular, y digamos, se conforma el Movimiento Evita...

Se desprende de este testimonio que los sentidos, acción y estrategias desplegadas en la década anterior expresaban resistencia y politización desde "abajo" para interpelar y ampliar la agenda del Estado, el reconocimiento de necesidades y la lucha desde lo público –aunque en los bordes de la marginalidad– para la obtención de recursos y la resolución de las demandas expresadas colectivamente. En este sentido, Natalucci (2012) analiza cómo a partir del 2002, se inicia un proceso de construcción política, planteándose nuevas relaciones entre sociedad civil-Estado, en las que la centralidad del Estado y sus iniciativas en políticas públicas de inclusión dan un marco diferente a la acción política por parte de varias organizaciones territoriales.

49. Referente varón de 42 años. Militante de los '90 del Movimiento Piquetero. Primero, Quebracho y luego Aníbal Verón. Reside en Córdoba, no en el territorio de la toma, sino de otro barrio. Actualmente, es dirigente del Movimiento Evita, Córdoba.

Otra persona entrevistada (E.2)⁵⁰ –actual miembro y socia de la cooperativa “Trabajo y Dignidad”– expresa sus percepciones y análisis acerca de lo que significó la toma de tierras y la formación de la cooperativa como estrategia de resolución de necesidades. La suya fue una de las cien familias que llega a la ocupación, invitada por una amiga; en ese momento no tenía muchas expectativas acerca de las posibilidades efectivas de lograr el acceso a la tierra, recordando que fueron asediados por la violencia policial y la justicia. Relata una acción emprendida en el marco de un contexto de incertidumbre, de una manera impulsiva y azarosa; reconociendo: “no tener nada que perder”. De este modo relata sus sensaciones de la experiencia:

(...) Por un lado, tenía esperanza, y por el otro, también te da miedo de pensar que te puede pasar algo. Y ahí a esperar mucho tiempo, varios meses estuvimos ahí con la policía... Sólo nos corrimos a lo que era la cancha y nos quedamos... todo esto era una cancha y nos quedamos todos ahí. Y de a poco, venía todos los días y teníamos trabajo. Venir dos o tres veces al día, muchas veces (...) Ahí comencé, hice la piccita de madera y un día decidí dejar el alquiler y venirme del todo. Me vine, me cambié, porque ya no aguantaba más estar allá y volver. Estuve mucho tiempo así, porque también llevaba a mi hijo a la escuela, volvía, y hasta que un día dije ‘me cambio acá, cambio a mi hijo a la escuela acá cerca’. A la semana que me cambié, me acuerdo, viene el primer desalojo. La orden de desalojo. Y, creo que era una de las pocas que tenía todo, porque yo ya había dejado el alquiler y tenía todas mis cosas (...) ‘no sé, es el riesgo que voy a correr’, les digo. Y me quedé y dije (...) ‘Los demás tenían, pero tenían una cama, un tele, pero no tenían todo. Pero yo no tengo familiares, yo no tengo a nadie’, y me decían, ‘¿Qué vas a hacer? ¿Qué vas a hacer con el desalojo? ¿A dónde vas a llevar tus cosas?’. ‘Que sea lo que Dios quiera’ (E.2).

50. Mujer de 35 años de edad. Miembro de base y socia de la cooperativa, casada, con un hijo, trayectoria de militancia política en su juventud ligada al peronismo. Oriunda de la provincia de Santiago del Estero, sus padres aún viven en el interior de Santiago. Llegó a la toma de tierras por necesidad de tener un terreno y una vivienda. Residía en Santa Isabel, II Sección. Actualmente, su participación se encuentra condicionada por su marido “no le gusta, no quiere que participe”, y ante el despido-desempleo de su pareja, aporta a la resolución de necesidades vendiendo ropa en la plaza de la villa.

En este caso, la entrevistada llega a la toma por una necesidad material (tierra y vivienda) y en la búsqueda de la misma construye vínculos que le permiten responder a otro tipo de necesidades, afectivas, sociales y recreativas dentro del espacio de la organización. En este proceso de lucha y resistencia colectiva, podemos observar desde su perspectiva la incidencia de los capitales culturales previos incorporados en cuanto a sus experiencias, ideas, valores y habilidades, que se profundizaron en este contexto, por cierto, crítico y de vulnerabilidad ante la amenaza de desalojo. Progresivamente, en este contexto de acción colectiva, se inician y consolidan relaciones sociales y la pertenencia a un grupo. Su primer referente fue una amiga y, posteriormente, cuando decide trasladarse al terreno, nuevas necesidades comienzan a ser satisfechas, en cuanto al acceso a la educación de su hijo y su propia posibilidad de trabajo.

De este modo, progresivamente se involucra en el proceso de resistencia y organización, y simultáneamente participa de manera activa en otros espacios y estrategias que se desencadenaron en el mismo territorio, que involucra otras acciones organizativas para la resolución de necesidades; en este caso, dirigidas a la población infantil como fue la copa de leche. Desde sus palabras nos relata:

(...) Claro, de a poco comencé... un día paso por donde estaba P. y me dice ‘chicas, por casualidad, le molestaría si les pido que hoy cubran la copa de leche...’, ‘Sí, sí, lo hago...’, y la otra también, les digo ‘bueno, yo las ayudo’, porque anteriormente, cuando vivía en Tucumán, yo era puntera política. Y a mi marido no le gustaba, entonces me había dicho, cuando llegamos acá, ‘no se te ocurra meterte en nada, porque yo no te voy a ayudar’; ‘bueno’, le dije, y me quedé entonces ahí, dije nada y les dije a las chicas ‘yo las ayudo’. ¿Qué hicieron las chicas? Vinieron una vez, no vinieron más. Me quedé ese día a cargo, por mucho tiempo me quedé en la copa de leche... (E.2).

Su incorporación en el espacio-proyecto de la copa de leche es una muestra de otra posición, ya no marcada por la satisfacción de su necesidad individual, sino por el involucramiento en una estrategia colectiva, que desde el momento de la toma, incluyó dimensiones simbólicas –necesidades de autonomía, libertad y empoderamiento– a la lucha por

las necesidades materiales, ubicándola en un nuevo rol de protagonismo y referente comunitario.

(...) Lo que más me queda es seguir agradeciéndoles por la gente, ver a las personas que no tenían terreno para su casita, lo que me ha pasado a mí... las veces que me ha pasado a mí de tener que trabajar para pagar el alquiler y decir 'no me quedo con nada'. Cuando alquilás es así, sabés que toda la plata la tenés que dar para el alquiler. Lo poco que te queda para la comida. Y hay gente que tiene varios hijos y es complicado. Yo tengo uno solo y me sabía ser complicado. Y hoy, cuando veo a las personas así, eso es lo que me lleva más a... lo que me gustaría que todos tengan un techo para vivir bien. Eso es lo que más me queda... (E.2).

La entrevistada, si bien reconoce que fue parte del proceso de lucha de la toma, se siente “agradecida” con los referentes, quienes no viven en ese territorio y resuelven sus necesidades de tierra y vivienda de otro modo; aquellos que aportan un capital político, lo cual permitió sostener y resolver la necesidad de cien familias. Es así que ella diferencia lo que es “la política” y lo que es “lo social”:

La política de por sí, siempre me gustó, pero lo social me lleva a ayudar a la gente, a los que más tienen, los que más necesitan, o a los que más les hace falta. Y en la política yo logré mucho por estar en la política. Yo estoy agradecida, lo que es Cristina, por más que la gente diga, yo le agradezco en el alma. Porque por Cristina hoy mi viejo es jubilado y pensionado, en lo cual, mis viejo hoy no tendrían de qué vivir, ni de qué comer (...) la política es... conseguir el voto, salir a buscar gente y cambiar, digamos, la gente no piensa todo lo mismo, y bueno tratar de hablar con la gente, de hacerla comprender qué es lo que le conviene a la gente, y bueno eso es lo que cambia...

Ella entiende la dimensión de la política como una estrategia ligada a sumar voluntades para un determinado partido y proyecto colectivo general, mientras que en la dimensión de lo social involucra el trabajo comunitario, territorial, en su experiencia concreta, en un inicio vinculado a la copa de leche y posteriormente en la cooperativa,

construyendo así infraestructura, lo que permite otros procesos de reproducción social.

En este sentido, es interesante poder diferenciar diferentes modos de comprender la política entre los dirigentes del movimiento y esta militante de base. Puede que para los dirigentes la política se construye desde lo social, desde el trabajo territorial en la resolución de necesidades, en la disputa y la apelación al Estado, mediante la implementación y la demanda de políticas públicas en los territorios y ocupando espacios como agentes del Estado que permiten efectivizar esas políticas. Esta perspectiva de hacer política se observa en el discurso y en las prácticas de los dirigentes, son ellos los que orientan la acción a partir de las necesidades del territorio. Los miembros de base, como es el caso de E.2, aún tienen una visión de la política estratégica, más orientada a los medios, al “convencer” de lo que es bueno para todos; es decir, un sentido más tradicional vinculado a los procesos de construcción de lo “político”.

En las palabras de los entrevistados se cruzan los diferentes sentidos y utilidades que le otorgan a la acción política; según Dussel, en esta búsqueda por inventar los medios de sobrevivencia se construye el poder político: “*La voluntad de vivir de los miembros de la comunidad o del pueblo, es ya la determinación material fundamental de la definición de poder político*”. Es a partir de esta base material que se edifica la política; al decir de Dussel, “*la política es una actividad que organiza y promueve la producción, reproducción y aumento de la vida de sus miembros*” (Dussel, 2006: 23) .

3.3 | Subjetividad, política y resolución de necesidades en las prácticas de organizaciones sociales de base territorial

En los últimos años las organizaciones sociales de base territorial se han fortalecido y acercado a planteos y posiciones políticas a partir de reivindicaciones ligadas a las condiciones materiales de vida. Este apartado apunta a descubrir los significados que construyen los sujetos participantes en estas organizaciones; significados que entendemos ligados a sus trayectorias de vida en las que instituciones sociales como la familia, el género, la educación, el trabajo y la clase marcan diferencias.

En el trabajo de campo observamos cómo las prácticas sociales y políticas de estos sectores populares, en este nuevo contexto, están

directamente vinculadas con la resolución de los problemas de la pobreza, en estos casos concretos referidos al acceso a la tierra, a la vivienda y al trabajo. A partir de la resolución de estas necesidades se inicia un proceso de resolución de las mismas que direcciona una identidad política más colectiva, que permite construir nuevas demandas y soluciones articulando acciones con los agentes y programas del Estado.

En las entrevistas en profundidad realizadas a cinco integrantes de estas organizaciones, identificamos, por un lado, los espacios sociales en los cuales se han resuelto necesidades materiales y simbólicas, y por otro, las estrategias singulares que hacen que cada historia de vida sea única e irreplicable, pero que confluyen hoy en un espacio social común de participación. Para preservar su intimidad los denominamos con las iniciales de sus nombres: F. (varón y miembro de base), An. (mujer y miembro de base), V. (mujer y miembro de base), y R. (mujer y dirigente) y Ag. (mujer y dirigente)

Familia y trabajo son los dos pilares en los que se sostienen las estrategias de resolución de necesidades materiales en los cinco casos, y también la educación está presente, sobre todo en las mujeres dirigentes, marcando acontecimientos significativos, más allá de los logros y niveles a los que cada uno de nuestros entrevistados hayan llegado.

F.⁵¹ cuenta con una trayectoria laboral que siempre se vincula con redes familiares y de amigos que posibilitan su inserción laboral. El trabajo rural, de jornalero, junto con sus hermanos y sus cuñados fue su primera experiencia laboral, que se mantiene hasta los 26 años, momento en el que ingresa a una empresa (Techint) formalizando su contrato de trabajo. F. rescata a esta experiencia laboral como la mejor:

Porque era una buena paga y era un trabajo que me gustaba, era un sondeo para una instalación de un oleoducto, para petróleo de allá, de Campo Durán, Jujuy más allá, de Barro Negro más allá, esa zona de

51. F. es varón y tiene actualmente 63 años. Nació en Salta y vivió en esa ciudad hasta su juventud. Es el hijo más pequeño de una familia numerosa (nueve hermanos). La muerte temprana de su padre quedará registrada en su memoria como un acontecimiento que marcaría un giro en su vida, ya que estaba cursando 4º grado de la escuela primaria y a partir de entonces abandonaría la escolaridad para ayudar a su familia. Comienzan así sus primeros trabajos, que hasta la adolescencia se mantendrán dentro de un contexto familiar, a la par de sus hermanos y cuñados, participando en la recolección de frutas y verduras en el cinturón verde de esa ciudad.

Jujuy, trabajamos todo ese trecho. Yo he trabajado con un ingeniero australiano y un topógrafo de Buenos Aires, porque tenía un buen compañerismo, nos llevábamos bien. Estábamos bien cuidados. Trabajábamos mucho, pero estábamos bien pagados, bien cuidados, Techint. No me voy a olvidar nunca yo de ese trabajo (F.2: 3).

Al reconstruir su historia laboral reconoce “buenos trabajos” y “malos trabajos”. A éstos últimos los ubica temporalmente a finales de la década del '70 e inicios de los '80, periodo en el que el país transitaba por una crisis social y económica y que no había posibilidades de ejercer reclamos sindicales por la dictadura militar.⁵² Si bien cuenta de sus dificultades laborales no las vincula con este contexto político y social, adjudicando un carácter individual a sus estrategias de búsqueda e inserción laboral, siempre articulada con sus redes familiares y sociales.

La empresa Techint cierra y él se queda en su tierra natal con trabajos temporarios y mal pagos. Decide migrar en el año 1985 y se traslada con su familia nuclear (mujer e hijos) a Morón (provincia de Bs. As.) donde contaba con familiares que le posibilitan encontrar empleo en una fábrica textil, a él y a su mujer. Permanecen diez años en Bs. As, pero no consiguen mejorar sus condiciones de vida y migran a Catamarca, a trabajar en el campo, de nuevo con familiares, en este caso de su mujer: “En esa época, nosotros fuimos ya cuando había crisis en Buenos Aires, porque antes me habían dicho que, por ejemplo, usted iba, no le gustaba la paga de acá o el trabajo, y cambiaba” (F.2: 6).

Viviendo en Catamarca, su hijo más pequeño se enferma de leucemia, hecho que trastoca la vida familiar, produciéndose nuevamente una migración, en este caso por razones de salud. Se trasladan a la ciudad de Córdoba. La enfermedad de su hijo cambia su vida laboral y afectiva ya que debe abandonar su familia ampliada y, si bien cuando llega a Córdoba tiene relación con una prima de su mujer, este vínculo sólo le provee la posibilidad de conseguir un lugar para vivir que no implique mayores gastos. Su hijo muere a los cuatro años de edad y finalmente él, su mujer y sus otros hijos, se establecen definitivamente en Córdoba, en Villa Libertador.

52. Se trata del proceso militar que se inicia el 24 de marzo de 1976 en Argentina.

Este evento trágico en la vida de F. en los inicios de los años '90, en el marco de la hiperinflación y los albores del neoliberalismo influye en su trayectoria laboral, la que queda signada al cuentapropismo, al trabajo informal y a la dificultad de poder tener una vivienda propia. Estos dos elementos son sus necesidades más fuertes, a tal punto, que cuando revisa su historia laboral se “culpa” de no haber comprado su vivienda cuando era joven y trabajaba en Techint. En el marco de esa necesidad (vivienda) es cuando durante el año 2008 se entera que a tres cuadras de donde alquila se va a realizar una “toma de tierras” y se acerca a la organización. En la entrevista manifiesta que “*observa, escucha*”, y luego se involucra en la medida que, según sus palabras: “*el grupo le gustó*”. Ésta es su primera experiencia de participación activa dentro de un colectivo social y político, la que nace de una necesidad sentida a lo largo de toda su trayectoria de vida: tener una casa propia.

Comienza su participación-militancia recién a los sesenta años, con la toma de tierras en su barrio, acción colectiva que para él implica una respuesta a su necesidad material (vivienda), pero, además, en esa resolución encuentra también la satisfacción de otras necesidades simbólicas, tales como la de pertenencia y de identidad: “*Yo empecé a ver, primero porque me gustaba el grupo. Y después nos empezamos a conocer más acá con la gente, cómo empezaron a trabajar los compañeros. Digo yo, esto está muy bueno, es un proyecto lindo y me integro al grupo, digo*” (E.3: 2).

Este relato pone el énfasis en una relación afectiva, ya que si bien él reconoce que ingresa a la agrupación por el interés a la vivienda, admite que el “grupo” le gusta y califica a los dirigentes como “gente buena”, que “siempre están”. Pone énfasis en la descripción de cómo se organizaron durante el día y la noche, sin dejar el lugar desprotegido, los momentos de la comida comunitaria y las negociaciones que se realizan con el representante de la empresa dueña de la tierra. An.⁵³ relata una dura historia de privaciones: “*Yo recuerdo haber pasado hambre y frío y no tener, no tener, haberme dormido llorando porque no nos alcanzó comida para*

53. An. es una mujer de 43 años, nació en Tupungato, Mendoza. Las condiciones de vida de la familia de An. han sido muy precarias, atravesando numerosas dificultades económicas, lo que implicó la discontinuidad en sus estudios primarios y el trabajo duro desde la niñez. Una de las mayores de trece hermanos/as, An. trabajó en la vendimia, recolectando uvas junto a sus padres y alguno de sus hermanos.

nosotros, tomar una taza de té con una rodajita de pan, y querer y no, no tener porque éramos muchos”.

La familia se trasladó a Córdoba en búsqueda de mejorar las condiciones laborales cuando An. tenía ocho años. En ese año (1980-81, aproximadamente) el padre consigue un trabajo en Vialidad Nacional, lo que les permite el acceso a la protección social por vía del mercado formal del trabajo y, además, el acceso de la vivienda familiar a través del crédito, que logran pagar con el trabajo de toda la familia.

En la ciudad de Córdoba la familia de An. participa en el culto religioso evangélico que le permitió construir otras relaciones fuera del ámbito familiar, que ella señala como muy cerrado y conservador. La escuela dominical era el momento en el cual podía realizar actividades que le generaban placer como ser parte del coro, participar en el espacio de los jóvenes, generando vínculos afectivos, como por ej. sus dos noviazgos

A los quince años la madre la envía “*engañada*” a vivir a Bs. As, a la casa de un pastor en la que trabajó como empleada doméstica. Como ingreso necesario para pagar parte del crédito de la vivienda familiar, su salario era enviado casi en su totalidad con ese objetivo. Su estadía en Bs. As. dura dos años hasta que en una oportunidad que viene a visitar a sus padres decide no volver y continúa trabajando como empleada doméstica en la ciudad de Córdoba:

Sí, ayudando a mi mamá con las cosas de la casa, estuve unos tres años trabajando, en Urca sí, tres años, y seguíamos yendo a la iglesia, todo ya con, con 20, 21, 22 ya, y bueno, conocí en Enrique, bueno, tuve 24, después ya vino que conocí a Enrique y ya dejé de trabajar (An.2: 9).

La entrevistada relata experiencias de privaciones económicas y afectivas que la han afectado durante buena parte de su infancia y juventud, manifestando sentimientos de tristeza y dolor por lo vivido. An. cuenta que su crianza fue muy estricta, incluyendo maltrato emocional y físico, con pautas de comportamiento muy restrictivas en cuanto a relacionarse con personas externas a la familia:

No, no era bueno, a mí me pegaban porque hacía reír. ‘An., ya te vi...’, y paf. Yo los hacía reír, hacía monadas en la mesa, cobrábamos todos,

con cinto trenzado o con la manguera del regulador de la cocina. Yo recuerdo haber estado de novia y que mi novio me haya querido abrazar (...) estaba marcada. Únicamente del colegio a la casa, de la casa al colegio, y el colegio y la escuelita dominical los domingos, que de chiquita hasta las 18, 19, de toda una vida así de la iglesia y adentro de la casa, nada más. Nada de baile, nada de cumpleaños (An.2: 3).

Estas experiencias dejaron profundas huellas en la subjetividad de nuestra entrevistada, quien relaciona su motivación por la participación social con su historia familiar. Por oposición a esa historia, quiere transitar otra experiencia de vida, que le permita circular por otros espacios sociales. La participación en la Iglesia Evangélica constituye un modo de acercarse “a la gente”, un modo de vincularse con otros y realizar actividades que le gustaban cuando era joven, como cantar en el coro y participar del grupo juvenil. En estas prácticas religiosas inicia noviazgos, resultando de uno de ellos su actual pareja. “A mí me criaron como para no querer a la gente, era que no nos miren en la calle, que vayamos a hacer nuestras compras y volver, así criados como que los demás no... eran muy posesivos” (An.2: 4).

La participación de An. en la organización está relacionada en menor medida con necesidades materiales y sí con las simbólicas. La necesidad de un espacio propio, un espacio afectivo, de compañerismo y solidaridad, donde sea valorada, donde “ayuda a conseguir cosas para los demás” es lo que gratifica y motiva a participar a nuestra entrevistada.

An. se compromete con las necesidades de otros y otras, la lucha por el acceso al derecho a la vivienda, a la alimentación, aunque estas necesidades estén resueltas en su familia actual ya que su marido cuenta con trabajo (constructor), sus hijos asisten a la escuela, disponen de alimentos cotidianamente, y aun así, An. acompaña las actividades y participa de la agrupación. “Con la agrupación aprendí un montón, es lo que quiero y estoy agradecida en algo que me ha hecho feliz en la agrupación de compartir todas las cosas... conseguir para el prójimo, para que progrese” (An.1: 17).

An. relata que participa de las reuniones, de las asambleas, actividades festivas y culturales que se organizan, acciones de protesta, demanda y reclamo, instancias de formación y de los encuentros con otras

agrupaciones, movimientos en el espacio público. Se puede decir que hoy participa de toda la vida de la organización:

(...) Viajé a Buenos Aires, qué sé yo, a juntarnos todos de todas las agrupaciones de todas las provincias. Me recuerdo llegar a Buenos Aires que estábamos ya ahí separados todos por, tocando temas todos así, de todo, de política, de cómo están los comedores, cómo estaba la agrupación acá, cómo iba todo... (An.3: 5).

La organización le permite construir lazos afectivos, salir del espacio familiar acotado que durante su infancia y adolescencia lo vive como un ámbito hostil y conectarse con la participación política desde la lógica de la relación con los otros y la resolución de las necesidades de los otros.

Los abuelos de V.⁵⁴ compraron la casa en Córdoba cuando vendieron un campo que tenían y migraron a la ciudad en búsqueda de mejores condiciones de vida y mayores posibilidades laborales:

Los padres de mis abuelos tenían chacra, tenían animales. Eran de Río II y mi abuelo vino a probar suerte y se vino a Córdoba. Y bueno, ahí mis abuelos estaban bien económicamente, cuando se vinieron acá, a Córdoba. Tenían cosechas y todas esas cosas. Y bueno, mi abuelo se separó de mi abuela y empezó a vender... habían comprado varios terrenos acá en Córdoba y mi abuelo vendió todo (V.1: 2).

En su relato sobre la historia familiar resalta que su madre debió afrontar sola la crianza de sus hijos, contando con el apoyo de la abuela materna y su hermana mayor. Aparece el protagonismo de la mujer tanto en los roles de cuidado y atención de los niños/as como en el rol de proveedora, estando ausente la figura del padre-varón proveedor, aunque se reproduce una perspectiva patriarcal de las relaciones familiares, puesto que se liga la figura de autoridad al varón, en tanto surge como referente en este sentido el hermano:

54. V. es una mujer de 37 años, es la cuarta de un total de cinco hermanos. Nació y residió siempre en un barrio de la ciudad de Córdoba.

Me crié en la casa de mis abuelos. Mi mamá nos crió a nosotros sola, no nos criamos con un papá. Así que nos crió mi mamá y mi abuela nos cuidaba, mi mamá trabajaba. Mi mamá se iba a las seis de la mañana y volvía a la una de la mañana, así que mucho no la veíamos. Nos cuidaba mi abuela y mi hermana mayor hacía limpieza en casas de familia, y a la noche trabajaba en un bar haciendo comida.

En la actualidad, su familia es muy significativa para ella, sus hermanos y sobrinos, incluso éstos últimos ocuparían un lugar afectivo importante, en tanto se involucra subjetivamente cuando los menciona; esto reflejaría la modalidad familiar de brindarse apoyo en las redes más extendidas, ya que su madre también trabajó para cuidar a sus primos, lo cual muestra cómo la familia está de manera incondicional, particularmente, en referencia a las situaciones de desprotección de los hijos/as por alguno de sus progenitores: “Uf, tengo muchísimos sobrinos para renegar” (V.1: 1); “éramos muchos. Éramos siete y mi mamá crió a mis primos que vivían al frente porque mi tía se fue y los dejó. Así que mi mamá crió 17 hijos” (V.1: 2).

De su infancia la entrevistada remarca la presencia de las redes familiares para el apoyo y ayuda; por ej. nos dice que sus tíos solían ayudar a su madre porque ellos estaban en una posición económica mejor y porque eran empleados en una fábrica y podían tener casa propia (V.1: 4).

La escolaridad está ligada a las condiciones de vida, pudiendo la entrevistada llegar a 3^{er} año del secundario, pero, en el caso de sus hermanos, no todos pudieron ingresar a la escuela media. Tuvieron que abandonar la escuela ante la urgencia de resolver necesidades materiales tomando mayor relevancia el trabajo. Esta idea de “abandono de la escuela” aparece como una pérdida, y el reconocimiento de que acceder a niveles de mayor escolaridad ayudaría a tener una mejor calidad de vida y mejores puestos de trabajo en comparación con la trayectoria laboral de su progenitora.

En el presente V. tiene expectativas de poder continuar sus estudios más allá de la escuela media:

Estudiamos hasta donde pudimos, mi hermano, el primario; yo, parte del secundario, pero por la situación de vida que no teníamos un padre que nos pudiera llevar el alimento para ayudar a mi madre; así que,

tuvimos que abandonar el colegio. Mi mamá no nos exigía a nosotros. Siempre nos dijo que estudiáramos, para que después fuéramos algo y que no tuviéramos que andar como ella fregando pisos (V.1: 3); (...) sí, dejé el colegio porque quería trabajar, porque quería ayudarla a mi mamá (V.1: 5).

La carencia de una vivienda digna y propia es una necesidad vivenciada desde la infancia, y en la búsqueda por resolver el problema habitacional, V. ingresa a una cooperativa para acceder a la compra de un terreno, iniciativa en la que promueve que se incluyan también sus familiares:

(...) Una gente del barrio nos dice: vos sabés que estamos en una cooperativa, nos hemos hecho socios, están bien todos los papeles, le digo, ‘quiero tener un terreno para mí, para mis hijos el día de mañana. Quiero dejarles algo’. Mi hermano también estaba sin terreno, estábamos todos alquilando. Sería bueno que podamos entrar todos, les avisé a mis primos... pienso siempre en mis hermanos... en mi familia, son todo para mí (V.1: 11).

Todos inician el pago de cuotas, pero finalmente son estafados, no pudiendo concretarse el acceso a la vivienda: “Empezamos a pagar y después descubrimos que nos habían estafado. Cayó preso el tipo” (V.1: 11).

V. valora el “techo” como una necesidad material y también simbólica, relacionada a sus condiciones de vida muy precarias (transcurridas en su infancia y adolescencia) y al hacinamiento y de los esfuerzos de su madre para cubrir sus necesidades mínimas: “Ella (su madre) trabajaba y nos llevaba la comida, lo necesario. No daba para darnos un lugar que tengamos cada uno nuestra habitación, nuestra cama. Nos criamos todos juntos en una pieza. Así era nuestra vida” (V.1: 3).

La trayectoria laboral de V. comienza a temprana edad colaborando con su madre en la venta de pan casero, y luego la ayuda en el trabajo en el que ella estaba a cargo de la limpieza de locales comerciales. La necesidad de trabajar es muy fuerte por las situaciones de carencia vividas, y está ligada a sentimientos de preocupación y pena por el exceso de trabajo que tuvo que asumir su madre. V. rescata, en su trayectoria

laboral, la importancia del esfuerzo individual y no depender de un patrón, valoración vinculada a la percepción subjetiva de los trabajos que tuvo su madre:

Siempre la veía a mi mamá que todos siempre la mandaban, que limpiara, que hiciera esto, que hiciera aquello. Yo no quería depender de nadie, quería que mi trabajo sea mío y que si yo quiero hacerlo, lo hago, y si no quiero hacerlo, no lo hago (V.1: 7).

V. busca poder ser autónoma en la generación de trabajo y se propone tener un oficio y herramientas propias que con esfuerzo consigue:

Mi mamá nos enseñó a hacer muchas cosas, a defendernos en la vida y no depender de un patrón ni nada, por eso yo tengo una máquina perforadora de pozos. No quería que me mandara nadie a mí, yo quería trabajar por mí (V.1: 6); mi amigo me decía ‘vos, para no depender de nadie, te tenés que hacer una de éstas...’; (...) empecé trabajar y trabajar, y así me compraba las piezas. Las llevaba al tornero que me torneara las piezas y me la iba armando mi amigo. Así fui haciendo hasta que me armé la máquina (V.1: 7).

Actualmente trabaja en la cooperativa de vivienda Felipe Varela y realiza trabajos con una perforadora de pozos de su propiedad; este logro le permite ayudar a otros, a que tengan una posibilidad cuando ofrece la máquina para que trabajen jóvenes del barrio que lo necesitan. “(...) yo estoy en la cooperativa y en mi trabajo, yo tengo una máquina perforadora de pozos... con varios compañeros, dándole algún trabajito cuando sale un pozo. Dándole una changuita. A los chicos de las esquina los llevo a trabajar” (V.1: 7).

V. inicia su participación social y política en un ámbito colectivo luego de la estafa relativa a la compra de un terreno para ella y su familia; esta situación injusta la impulsa a actuar: “(...) Salí de eso [refiere a la estafa] y empecé a ver los terrenos del frente de mi casa. Y dije... vamos a poner una cooperativa, algo tenemos que hacer. Averigüé todo, fui a catastro, fui a rentas, a todos lados” (V 1: 11). Para V. entonces se configura así una manera de resolver una carencia material (habitacional) y

una estrategia colectiva y solidaria con otros, con quienes compartía la misma necesidad.

La experiencia de la toma y las acciones colectivas (marchas) ligadas a la misma son significadas positivamente como vivencias de logros, que dan respuesta no sólo a necesidades materiales (acceso a la tierra), sino también a necesidades simbólicas de reconocimiento del esfuerzo y la participación. Queda claro en el discurso de V. la importancia que tiene el trabajo y el esfuerzo en contraposición a la dádiva como estrategias que se esmeran en diferenciar para acceder a un recurso, en el cual articulan estrategias de acción colectiva, movilización y de negociación con los dueños de la tierra para pagarlas a un precio justo.

(...) Entonces peleamos por el tema de la expropiación a la provincia y a la muni. Ninguno nos dio bolilla. Entonces, en el 2011, compran para hacer un country, al lado del predio nuestro. No es el mismo dueño. El tipo del country va y le hace una propuesta para comprar las tierras. Entonces nos llama y nos pregunta qué vamos a hacer porque él va a vender las tierras. Entonces automáticamente formamos otra toma, el 26 de julio del 2011. Tomamos las tierras y ahí formamos la cooperativa (Felipe Varela) y negociamos cuánto le íbamos a pagar las tierras, en cómodas cuotas... (V.1: 14).

R.⁵⁵ reconoce a la familia como una institución siempre presente en su historia de vida, ante diversas situaciones de resolución de necesidades, tanto materiales como simbólicas. Expresa sólidos vínculos afectivos con su familia de origen (hermanos y madre, especialmente) como con su primera familia política, siendo mencionados en distintos momentos de las entrevistas, rodeados de significados de afecto, apoyo y contención ante diferentes situaciones de la vida por la que la entrevistada transcurre.

Constituye su familia nuclear a temprana edad, ya que cuando ella tenía 18 años, queda embarazada. Este acontecimiento marcó su vida, en tanto implicó dejar de lado momentáneamente su deseo de continuar

55. R. es una mujer de 39 años nacida en la ciudad de Córdoba, donde continúa residiendo. También está presente la migración a otras provincias en esta historia de vida, pero asociada a búsquedas de proyectos de pareja y de vida que reconocen un nivel de análisis, de decisión, y no por procesos de exclusión económica como sí observamos en las historias de F. y An.

estudios universitarios. Luego de un tiempo se produce una ruptura e inicia otra experiencia de pareja.

R. resalta la presencia incondicional de la familia, que asocia a una experiencia afectiva, de contención, de tranquilidad, de diálogo, de análisis y reflexión sobre sus proyectos de vida. No se percibe dramatismo ni angustia ante situaciones conflictivas o momentos críticos como puede ser una separación; el diálogo, el análisis, el acuerdo, la presencia de un “otro” dispuesto a apoyar es lo que predomina en estos momentos de cambio o críticos en su trayectoria de vida. La resolución de los aspectos prácticos de la separación se estructura en torno a las necesidades de los hijos, dentro de las cuales las educativas son prioritarias.

Su trayectoria estuvo marcada por algunas mujeres muy significativas: su madre, su ex suegra. Ambas asociadas con la idea de protección, contención, acompañamiento, como también al compromiso ideológico político. Las necesidades simbólicas (identidad, proyección, trascendencia, posibilidad de decidir) son elementos siempre presentes en su relato que da cuenta de otro lugar social, diferente a los otros entrevistados (F., An., V.).

Respecto a la dimensión laboral, el auto sostenimiento económico y la inclusión en el mundo productivo se asienta también en el apoyo material de su familia política que posibilita un proyecto de autonomía de pareja ante un embarazo adolescente. El trabajo está siempre presente como algo prioritario, instalado en ambas familias de origen (la propia y la política).

El primer trabajo que consigue independientemente de sus familias es de tipo educativo, tarea que le resulta familiar y en el que se siente segura y con recursos debido a su trayectoria familiar (madre docente) y educativa. “Tenía veinte años, recién cumplidos y una escuela donde había algunos chicos repitentes...”. Otro tipo de trabajo fue cocinar viandas, y se vincula con aprendizajes realizados en experiencias previas donde encontró como modelo a su suegra que desarrollaba esa tarea en un camping.

Su trayectoria laboral está marcada por trabajos informales y, por lo tanto, inestables; la forma de acceder es, generalmente, a través de redes horizontales de intercambio-solidaridad: “Vino una amiga y me dice: ‘che, mirá, acá cerca, cerca de ahí del barrio, hay una academia de apoyo secundario, primario’, dice, ‘¿no querés?’ (R.1: 14).

Las decisiones respecto a los trabajos se toman combinando el criterio de la mejor organización familiar en relación al cuidado de los hijos: “Fui

dejando lo de las comidas y metiéndome más en esta academia, y después un tiempo hice lo mismo, pero en mi casa, o sea, no una academia pero sí me organicé, digamos, los horarios (R.1: 15). En las distintas estrategias laborales, la familia siempre está presente para el cuidado de los hijos y, en particular, en relación a la escolaridad, aspecto que organiza la vida cotidiana.

La dimensión educativa tiene un lugar distinto en la historia de vida de R. respecto a F. An. y V. Para ella es una necesidad en el plano simbólico prioritaria. En la de éstos últimos, ante acontecimientos familiares que afectan la resolución de necesidades familiares, el trabajo es prioritario frente a la educación. En el caso de R., si bien el trabajo aparece como una necesidad insoslayable a temprana edad, no existe un abandono de la dimensión educativa, ni en relación a su propio proyecto de vida, ni al de sus hijos. Por el contrario, para R. la educación es una necesidad que la involucra en la reflexión, la búsqueda de alternativas y el deseo de continuidad. Cuando el estudio depende de sus propias decisiones sigue siendo una prioridad en su proyecto de vida. Desde los 18 años, ya con pareja y con una hija, el estudio está presente como necesidad y como deseo, lo que es apoyado y reforzado por su familia biológica y política.

Estas decisiones, lejos de ser meras ilusiones, estaban acompañadas de acciones concretas:

Empecé con el T. recién nacido, que por ahí lo cuidaba un poquito A., lo cuidaba un poquito E., la abuela, pero era muy sacrificado, porque yo tenía que caminar como tres kilómetros para tomar un colectivo, para ir a la terminal de Carlos Paz, para venir acá, y a la vuelta lo mismo, volver ya de noche, caminar. Era realmente muy pesado, pero bueno fui haciendo algunas materias... (R.1: 8).

En esta etapa la tensión está entre el cuidado de los hijos, el lugar de residencia y el estudio.

Con respecto a la educación de sus hijos, las decisiones sobre cuáles son las instituciones educativas acordes para sus aprendizajes son una necesidad prioritaria, en la cual pone en juego la tensión ideológica sobre lo público y lo privado, que relativiza haciendo priorizar la calidad educativa al valor de la enseñanza y su aporte a las trayectorias escolares de sus hijos.

En cada nuevo escenario educativo por el que transita se suma a iniciativas –se podría decir alternativas– de militancia, y comenzando a andar ese camino, se siente atraída por la dimensión más territorial de la participación política. Las carreras universitarias vinculadas a las áreas sociales y humanas⁵⁶ son un ámbito propicio para el interés de participación política, ya que combinan la presencia de pares, jóvenes con las herramientas de lectura de la realidad social y sus contradicciones, aunque ello no implique la elección de la posición de académico para dar desarrollo a estas inquietudes. Se puede decir que éste es el caso de R., quien desde este ámbito y con estas herramientas, elige el territorio como espacio para su participación política:

Fue más un trabajo barrial, digamos, me acuerdo que fue en los últimos meses de Mestre, esos cierres de los servicios de los hospitales, de obstetricia, ginecología, y qué sé yo, nosotros desde la universidad, yo que estudiaba y algunos chicos más y otros no, eso era como una iniciativa de..., yo todavía seguía militando en Quebracho, pero una iniciativa más de ir a trabajar a los barrios (R.1: 13).

Luego, desde su militancia territorial, en el año 2009 lidera, junto con otros integrantes de la agrupación Aníbal Verón, la toma de tierras en la zona sur de la ciudad de Córdoba. Esa experiencia marca su vida familiar y le exige mucho esfuerzo para sostener su vida cotidiana, que combina cuidados familiares, trabajo y responsabilidad política.

Ag.⁵⁷ pertenece a una familia cuyos padres eran empleados del sector público estatal, trayectoria que se vio interrumpida por cuestiones de salud, en el caso de la madre, y por la decisión de renunciar, en el caso del padre. Su madre trabajó en el Consejo del Menor del Ministerio de Desarrollo Social de la Pcia. de Cba., como docente, hasta los 34 años de edad, cuando debió ser jubilada por sufrir un ACV por el cual tuvo

56. R. cursa la carrera de Historia en la Universidad Nacional de Córdoba durante la década de los '90.

57. Ag. es una mujer de 37 años. Nació en Buenos Aires y cuando tenía un año de edad su familia se traslada a Cba. por razones de salud de ella. Es la segunda de un grupo de tres hermanos, y madre de dos jóvenes, hijos de padres diferentes. Desde hace cuatro años está en pareja con un compañero de la organización social en la cual participa.

serios problemas de movilidad y un delicado estado de salud. Su padre fue empleado de la Municipalidad de Córdoba, trabajo al que renunció por el bajo salario que allí percibía, y por la posibilidad de desarrollar su actividad en el sector privado; sin embargo, esta inserción fue moldeada por los cambios estructurales ocurridos en el mercado del trabajo, fundamentalmente, a fines de los '80 y durante la década de los '90, donde experimentó la desocupación, el trabajo en negro y el cuentapropismo. En este proceso de empobrecimiento sufrido por la familia de Ag., ligado a las dos crisis de la última mitad del siglo XX, la hiperinflación de finales de los '80 y las modificaciones en la estructura del empleo y la producción de los '90, la entrevistada reconoce estrategias de supervivencia diferenciadas: en los '80 reconoce que se apeló a estrategias colectivas, desplegadas en el espacio público, mientras que en los '90 la crisis se expresó más en los espacios privados.

En Alfonsín vi más la cuestión colectiva, me acuerdo, por ejemplo... Me acuerdo de ir a hacer la compra comunitaria, mi mamá juntaba la plata con los vecinos y se iba a un lugar que se compraba al por mayor; era como que había un sistema de ayuda. Yo vivía eso, vivía lo comunitario. Eso en la crisis de Alfonsín. En la de Menem, el individualismo absoluto. O sea, ver a mi viejo mal y ver en la cuadra a los vecinos tomando el mate cocido y las minas laburando. Ya en lo que era La Cañada había un asentamiento, una villa y se empezaba a ir a los súper, con los saqueos. Fue una época en la que ya tenía 17, 18, 19, ya estaba embarazada de mi hijo, me acuerdo. Cuando estalló la crisis, yo vivía en un barrio en donde había muchos empleados de FADEA, entonces hubo despidos masivos en FADEA; entonces era ver a los vecinos ponerse un kiosco, un remis, pero nadie comprando, porque tenías un kiosco, un kiosco, un kiosco, remises por todos lados... La de Menem la vi más individual, más desesperación individual. Todos metidos para adentro, digamos. Porque duró bastante, no fue sólo el estallido, fue de a poco, fueron muchos años... Ver a mi vieja haciendo la cola para pedir la beca, y mi viejo haciendo de todo para que no se note, pero nosotros nos dábamos cuenta. Ahí fue cuando me di cuenta de la necesidad, o de la diferencia (Ag.1: 4).

La educación y la cultura tienen un lugar preponderante en la familia de origen de Ag., fundamentalmente en la de la madre, ya que sus abuelos maternos ya habían accedido a la educación superior y con importante acumulación de capital cultural:

Toda la familia de mi mamá eran de la pintura, de los salones literarios, te estoy hablando de la época de los veinte, ¿no? Casa con pianos, vajillas de plata... Entonces eran todos escenógrafos del Colón, pintores reconocidos, todos con plata. Mi abuelo después se hace médico, siempre pintó, pero después se pone a estudiar medicina. Entonces vivían bien. Incluso le pagaban la Universidad de El Salvador a mi mamá (Ag.1: 6).

Con estos antecedentes familiares, Ag. relata su propia trayectoria educativa resaltando que frente a la crisis que atravesaba el sistema educativo, sus padres apelaron a dos estrategias diferenciadas a los efectos de priorizar procesos educativos de calidad: para el caso de las hijas mujeres su inserción en establecimientos privados, a través del sistema de becas, y, posteriormente, el ingreso a las escuelas preuniversitarias de la UNC, que incluyó también al hijo varón. Finalizada la escuela media, la continuidad de los estudios en el nivel superior –terciario y universitario– fue un desafío asumido por la familia; es así que Ag. y sus dos hermanos cuentan en la actualidad con títulos profesionales.

Los relatos de Ag. respecto al sistema educativo expresan una tensión o conflicto sostenido con la institución escolar, no así con el conocimiento o la cultura; lo que se ve expresada en la permanente confrontación con las pautas, normas y relaciones sociales instituidas en el espacio escolar: lo educativo ocupa un lugar central en la experiencia de Ag. Y sobre todo en el marco de su participación en organizaciones sociales, con sectores de pobreza estructural y en sus expectativas de generar procesos de transformación social.

Su posición desde la educación popular y sus experiencias laborales las articulará con esta perspectiva educativa:

Me gustaba la educación (...) empecé a ver que había cambios pasado por lo educativo. Yo veía que por todos los sistemas que había pasado, tenía cuestionamientos para hacer, pero también veía todas las posibilidades que tenía al tener tantos años a jóvenes y que el sistema no

aprovechaba. Entonces, me hice maestra. (...) iba caminando por el barrio y encuentro la biblioteca de Bella Vista, la biblioteca popular, entré y me encantó lo que veía. Chicos que saltaban por la ventana, libros en cajones de manzana. Y me dije que quería estar ahí. Empecé y después estuve once años ahí, me hice cargo de lo que era animación a la lectoescritura. Ahí conocí autores que me quebraron la cabeza, qué te digo. Me hicieron ir armando lo que soy, más allá que mucho tuvieron que ver mis viejos, esto de la solidaridad, de pensar más en el otro que en uno mismo. Era como una forma de vida en mi casa (Ag.1: 8).

A lo largo del relato de la entrevistada se evidencian conflictos entre el trabajo educativo y la dimensión institucional de la experiencia educativa, que resuelve cambiando de contexto institucional:

Después de Bella Vista, me empezaron a llamar de otras ONGs, porque ya habían visto unas experiencias de trabajo nuestro, ganamos un premio nacional en la feria del libro por el trabajo de promoción a la lectura. Dentro de ese mundo o dentro de la universidad misma, íbamos mucho con la Biblioteca, entonces te empezás a hacer conocido y te empiezan a llamar. Nunca tuve la cuestión de no tener trabajo (...) (Ag.1: 10).

Ag. reconoce como inicio de su participación política a la creación de la organización social Túpac Amaru en Córdoba, acción que encaró junto a otros con quienes se conocía por el trabajo que venían realizando en barrios de la ciudad:

Yo siempre tuve experiencia de desarrollo social en los distintos barrios. Pero no dentro de una organización social. Siempre llegaba a trabajar en los barrios a partir de alguna institución, algún trabajo puntual, articulación con la universidad o algún programa de la provincia que me contrataban para hacer esa tarea específica. Yo trabajaba más que nada en lo que es alfabetización y animación sociocultural (Ag.2: 1).

Conocer dicha organización fue determinante para Ag., tanto por la direccionalidad que comenzó a darle a su trabajo territorial, como así también porque comenzó a definir su identidad de clase:

Si bien yo siempre iba a trabajar a los barrios, mi situación era más cercana a la de la gente de los barrios que a la de otros sectores. Alquilaba, no tenía casa, no tenía laburo estable, no tenía obra social. Yo sentía que mi realidad estaba identificada con esa realidad (Ag.2: 1).

El reconocimiento de que sus necesidades materiales eran muy parecidas a las de las personas que ella creía asistir, con la única diferencia de un mayor capital cultural por las trayectorias de su familia, pero un empobrecido capital económico que la hacía pertenecer a los sectores populares.

Estas cinco trayectorias y sus dimensiones familiares, laborales y educativas tienen –manteniendo sus perfiles únicos– algunos elementos comunes: el lugar prioritario que ocupa la resolución de necesidades de subsistencia a través del trabajo, la experiencia de la migración, la interrupción de las trayectorias educativas relacionadas con la necesidad de trabajar –con excepción de Ag.– y la apelación a las redes familiares o sociales para la resolución de necesidades. Comparten experiencias de vida propias del campo popular que nos remiten a la tesis 2 de Dussel: “Para mantenerse vivo, el ser viviente necesita empuñar o inventar medios de sobrevivencia. Esta **voluntad de vivir** es ancestral y de tendencia comunitaria, por ello están presentes las estrategias de solidaridad y de tendencia a constituirse en un grupo” (Dussel, E., 2006).

La idea de protección está asociada a la construcción de un nosotros donde los lazos afectivos y las emociones surgen del cuidado mutuo frente a las amenazas externas: el relato sobre la toma de tierras es muy contundente en los entrevistados. Aquella vivencia de la protección cercana vinculada a lo familiar se proyecta a lo público, y recrea en la red de solidaridad que funda el ideario de la organización social-política, en la relación entre los miembros, en general, y entre los miembros de base y dirigentes, en particular.

3.4 | Las mujeres y su participación en la resolución de necesidades

Incluimos la perspectiva de género desde los aportes teóricos de Nancy Fraser (1997), quien sostiene que ante la desigualdad de las mujeres en el sistema social capitalista y patriarcal se construyen diferentes modos de lucha para visibilizar la injusticia: luchas por el reconocimiento de la diferencia y por la redistribución de los recursos. La autora aborda el dilema de

redistribución-reconocimiento, analizando que el paradigma de la redistribución contiene orientaciones centradas en la clase que busca la transformación socio económica para producir justicia, mientras que el paradigma del reconocimiento contiene orientaciones que buscan el reconocimiento cultural y la igualdad social de las identidades injustamente devaluadas.

Una de las características principales del género es su estructuración político-económica, “*división fundamental entre trabajo remunerado ‘productivo’ y trabajo doméstico no remunerado ‘reproductivo’*” (1997: 32); asociando el primer tipo de trabajo al varón, caracterizado por el manejo de funciones en la industria manufacturera y/o profesional, basado en salarios altos, y el segundo tipo de trabajo dirigido hacia la mujer, determinado, principalmente, por desarrollar funciones en el servicio doméstico, basado en salarios bajos.

Esta estructuración político-económica, vinculada a la dimensión de la clase, expresa una injusticia de género para cuya superación es necesaria la eliminación de la explotación, marginación y pobreza. Conjuntamente se construye una diferenciación cultural-valorativa, que es otra de las características relevantes en el género, acudiendo prontamente a la lucha por el reconocimiento:

Una de las principales características de la injusticia de género es el androcentrismo: la construcción autoritaria de normas que privilegian los rasgos asociados con la masculinidad. De la mano del androcentrismo va el sexismo cultural: la difundida devaluación y desprecio de aquellas cosas que se codifican como ‘femeninas’, paradigmática, pero no exclusivamente, las mujeres (1997: 33).

Desde esta posición teórica, indagamos la dimensión de género a partir de algunos ejes de análisis, tales como: el mundo de la vida cotidiana de las mujeres y los hombres en las organizaciones de base, y las vivencias que son experimentadas a partir de los roles de género, que se dan a partir de las funciones desempeñadas tanto en el ámbito laboral, como al interior de la organización de base.⁵⁸

58. La metodología que llevamos a cabo para analizar estas categorías fue la realización de grupos focales a diferentes integrantes de la organización, varones y mujeres sobre tres tópicos: política, género y educación.

El análisis se desarrolla a partir de la categoría referida a las *representaciones sociales*, entendidas, según González Rey (2008), como producciones simbólico-emocionales articuladas en la subjetividad social e individual, concibiendo al sujeto como generador en los espacios sociales en los que actúa.

Las mujeres construyen representaciones acerca del mundo y de sus prácticas en la medida que ocupan posiciones en el campo de lo social. La posibilidad de ocupar nuevas posiciones en nuevos espacios sociales habilitan a integrar nuevos sentidos y configuraciones que volverán a conformar una experiencia subjetiva con sentido. Lo que nos interesa caracterizar es si existen en esta experiencia organizativa, reestructuraciones sociales que posibiliten a los miembros constituirse y posicionarse como pares, para lo cual es imprescindible la redistribución de recursos materiales que amplíen los márgenes de independencia y el reconocimiento de la diferencia posibilitando igualdad social.

Los contenidos desarrollados en los subtítulos precedentes nos permiten identificar el lugar y la posición de las mujeres en estos espacios.

Ellas expresan que la participación está conectada con la idea de trabajar para los demás, en el sentido de ayuda, de compromiso, diferenciándose de la política tradicional en la cual el trabajo político redunda en un beneficio propio y material. Las mujeres dicen tener un rol protagónico (en la toma de decisiones), sobre todo aquellas con un mayor proceso de escolarización (por ej., nivel terciario completo, maestras). "(...) Como la mayoría siempre somos mujeres, te diría un sesenta o cuarenta por ciento, estamos en las asambleas de delegado" (S., grupo focal).

De este modo dan cuenta de la participación de la mujer y realizan una interpretación de este dato:

Tiene más capacidad y se involucra (...) me parece que la mujer se hace el tiempo que el hombre no puede hacerse en base a la necesidad laboral (...) sí, yo opino igual que ella, porque yo veo día a día ahí en el barrio que la mujer tiene que salir a trabajar, ir a trabajar ahí a la cooperativa, atender a sus hijos, su casa... (M., grupo focal).

Las mujeres son las que organizan, administran y ofrecen los servicios para las familias del barrio, como la copa de leche y el apoyo escolar.

Los varones tienen mayor participación en la construcción del espacio físico colectivo y acompañando las acciones ligadas a la construcción de la vivienda: "*Al hombre le gusta más el trabajo de pintar y no estar con los papeles, y hay algunas que no nos gustan los papeles, a mí y a la Ana nos gusta más estar pintando que hacer los papeles ...*" (A., grupo focal).

Elizabeth Jelin analiza los casos en que las mujeres en situaciones de crisis social y económica salen de sus espacios domésticos para participar en organizaciones y acciones colectivas que les permite aprender, expresar sus necesidades y reivindicaciones; pero también sucede que muchas veces realizan tareas que refuerzan la subordinación de género, como es, por ej., el trabajo comunitario en comedores, en copas de leche... "*A menudo este trabajo no pago, representó una extensión del trabajo doméstico al comunitario, con lo cual puede fácilmente convertirse en invisible y en una forma de reproducción de la subordinación y de clientelismo*" (Jelin, 1996: 2).

Vemos en los testimonios que hay un esfuerzo por visibilizarse, por reconocerse con capacidad de trabajo en tareas vinculadas a la construcción de sus viviendas, donde mujeres y varones colaboran de igual a igual, que permite "*educarte de nuevo*", lo que otorga la igualdad y el reconocimiento en lo referido a los objetivos de la organización. El varón pasa a ser un *compañero* en este marco, un vínculo que no implica amistad o amor, sino la posibilidad de compartir un espacio político, tener objetivos comunes y, en ese sentido, generar relaciones diferentes a las dadas en los espacios tradicionales de la familia o en los vínculos afectivos como la amistad:

Yo tengo amigos varones, novios varones, pero no era esa palabra de 'compañeros'. Yo creo que en la organización de a poquito empezás a escuchar más esa palabra, como un vínculo que no es la amistad, que no es el amor, tiene que ver con todo un mundo porque implica un montón de cosas (...) discutir, hacer cosas juntos (...) pasaste un montón de cosas, y bueno, son compañeros. Yo por mis compañeros salgo a luchar (R., grupo focal).

Otro punto que expresa esta dimensión (género) es la forma en que la organización genera apoyos, respaldo y contención ante situaciones de

violencia de género. En estas situaciones la organización se transforma en un referente legítimo que visibiliza la violencia como un problema social no referido al ámbito privado, y lo transforma en una nueva demanda en el marco de la defensa de los derechos. Si bien la organización tiene como prioridad de acción política el acceso a la tierra y a la vivienda, siendo ésta la necesidad que los reúne, se abordan a través de la organización otras situaciones que implican vulneración de derechos. En la organización se genera una *red de vínculos* que contiene y acompaña, por parte de las mujeres que van tomando posiciones de liderazgo y de coordinación frente a este tipo de necesidades.

Las mujeres en el marco de la organización, por el espacio colectivo que, a través de ésta, se construye, generan un proceso de desnaturalización de sus condiciones de vida (afectivas, de pareja, cotidianas) que produce conflictos en ellas y en su entorno familiar, en las relaciones con sus parejas y con sus hijos. En las entrevistas se observa cómo ellas identifican la descalificación simbólica de sus parejas hacia el trabajo cotidiano en el ámbito de lo doméstico:

(...) Yo tengo otra experiencia con mi marido. A mí me dicen que yo me tengo que levantar temprano, que vos no. Yo me levanto a esa hora porque tengo que llevar a los chicos a la escuela. Pero sí, todo el tiempo te están recriminando que si ellos hacen algo es porque yo me lo gané, porque yo trabajo. Bueno... entonces yo también puedo trabajar, si yo no tuviera los chicos me iría a trabajar. Pero yo a ellos no tengo con quien dejarlos. No... es muy difícil, ellos nunca entienden esa parte. Yo con mi marido lo vivo día a día (A., grupo focal).

El conflicto aparece también cuando la mujer “sale” al espacio público, ya sea con el objetivo de participar en la organización o para ocupar otros espacios y generar otros intereses, por ej., seguir estudiando o asistir a las reuniones, hecho que implica para su pareja, los “otros” (pareja), descuidar su lugar de reproducción cotidiana.

(...) Yo me quise anotar en el colegio y él me dijo para qué vas a estudiar ahora, tuviste tiempo para estudiar, ahora hay que atender a los chicos. A mí me pasa lo mismo, él no me entiende, no me comprende,

no le gusta, él no lo comparte, pero a mí siempre me gustó. Aquí, cuando empezamos, que iniciamos la toma, el primer día se necesitaba coordinador y él estaba a upa mío y me dio un codazo y me dice: llegás a decir que sí y te quedás sola aquí... no entré ese día, después, al tiempo, me empecé a sumar... empecé reemplazando a una compañera a la copa de leche y terminé teniendo la llave del comedor... y ya me agrupé y ahora estamos en todos los proyectos (N., grupo focal).

Si bien existe un proceso de reconocimiento e igualdad entre los varones y las mujeres que participan en la organización, también observamos algunas disputas en los roles y actividades que llevan a cabo, reclamando implícitamente la redistribución en el sentido otorgado por Fraser (1997). Por ej.: en la organización de las actividades barriales como los festejos, actividades comunitarias, se dividen tareas: las mujeres cocinan, cortan las verduras; los varones quieren participar, pero las mujeres dicen que ellos no saben, reproduciendo ellas también algunos mandatos en relación a las habilidades de los géneros. Un entrevistado varón dice: “*En la organización no hay muchos hombres... las mujeres trabajan más que nosotros, nosotros vamos y esperamos a ver qué hay que hacer*” (P., grupo focal).

Las mujeres identifican mayor igualdad en la organización que en el ámbito de lo doméstico. El conflicto y la desigualdad se identifican, sobre todo, en el espacio familiar, según la mirada de las entrevistadas, dando cuenta de que participar implica descuidar el rol tradicional de las mujeres al interior de los espacios privados. “*Por ahí tiene problemas en su casa ¿Por qué vas tanto a las asambleas? ¿Por qué te vas a las marchas?... nos ha pasado muchas veces que te cuestionan, el tiempo, el desgaste, te cuestionan un montón de cosas...*” (N., grupo focal).

En la participación comunitaria, fuera y dentro del territorio, las mujeres encuentran un ámbito de construcción de subjetividad individual y social, en el cual se resalta su papel en la toma de decisiones. La participación en los espacios barriales también facilita, ya que permite articular los tiempos del trabajo doméstico, cotidiano, de reproducción social con la acción política. Estos espacios comunitarios, no sólo son una manera de satisfacer necesidades básicas para el entorno barrial, sino que son un espacio de sociabilidad, de compartir con otras mujeres y de participar en la esfera pública. Implican la posibilidad de adquirir autoestima y poder

salir del ámbito doméstico. En este espacio público que se construye en la organización, las mujeres comparten vivencias, expectativas, intereses y ejercen diferentes acciones orientadas hacia las reivindicaciones, las cuales van dirigidas a exigir y participar del mundo público.

En las entrevistas realizadas a los diferentes integrantes de las organizaciones, en los diferentes proyectos y momentos del trabajo de campo observamos cómo mediante la participación de las mujeres, es posible el reconocimiento de sus acciones (por parte de “los otros”) en el campo de lo político, y las acciones de esa política se generan desde las necesidades de la vida cotidiana, en estos casos referidas a la vivienda y el trabajo.

Bibliografía

- CLEMENTE, A. (Coord.). (2004). *Territorios urbanos y pobreza persistente*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Espacio Editorial UBA Social.
- DUSSEL, E. (2006). *20 tesis de Política*. México: Ed. Siglo XXI y CREA.
- FRASER, N. (1997). *Justicia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición “postsocialista”*. Bogotá: Ed. Siglo del Hombre. Universidad de los Andes.
- GARCÉS L. y LUCERO, M. (2006). *Políticas Sociales y ciudadanía*. San Juan: Ed. Fundación Universidad Nacional de San Juan.
- GARCÍA LINERA, Á. (Coord.), CHÁVEZ, M. L., y COSTAS MONJE, P. (2004). *Sociología de los movimientos sociales: Estructuras de movilización, repertorios culturales y acción política* (4ª edición). Plural editores / AGRUCO /NCCR Norte-Sur.
- GRASSI, E., HINZTE, S. y NEUFELD, M. (1995, noviembre). *Políticas Sociales y sujetos de derechos*. *Cuadernos México Sociales*, N° 72.
- GONZALEZ REY, F. (2008). *Subjetividad Social, Sujeto y Representaciones Sociales*. *Diversitas. Perspectivas en psicología*, núm. 4. Bogotá: Univ. Santo Tomás.
- JELIN, E (1996). *Las Mujeres y la cultura. Cultura Ciudadana en América*. Argentina: UBA, Conicet.
- HERMIDA, M. E. (2014). *La noción de Pueblo en Laclau: aportes para el problema del sujeto colectivo en Trabajo Social*. Ponencia presentada en la VII Jornadas de Sociología de la UNLP. UNMDP/ CONICET.
- LANDER, E. (2000). Ciencias sociales: saberes coloniales y eurocéntrico. En Lander, E. (Comp.). (2000). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*. Bs. Aires: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. pp. 246. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/lander/lander1.rtf>
- NATALUCCI, A. y PAGLIARONE, M. F. (2013). *Revisitando los conceptos de lo social y lo Político: Movimientos Sociales, Procesos de democratización y Nuevas institucionalidades*. *Andina de Estudios Políticos*, Vol. III, N° 2, pp. 77-98. Disponible en: <http://revistas.ojs.es/index.php/revistaestudiosandinos/index>; <http://revistas.ojs.es/index.php/revistaestudiosandinos/index>.
- PERALTA, M. I. (2006). *Las estrategias del clientelismo “social”*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- TAPIA, L. (2009). *Movimientos sociales, movimientos societales y los no lugares de la política*. *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano*. Bs. Aires.

Capítulo 4

La organización y la política: relaciones y construcciones subjetivas entre dirigentes y bases

María Inés Peralta y Javier Sueldo

4.1 | Conceptualizaciones necesarias para abordar la relación dirigentes-bases

Abordar la cuestión de los y las dirigentes, en este caso, de organizaciones de base territorial, nos lleva a recuperar el concepto “intelectuales” y con ello, ineludiblemente, a Antonio Gramsci (1976):

La distinción que marca a los intelectuales no hay que buscarla en el núcleo intrínseco de las actividades intelectuales, sino en el conjunto del sistema de relaciones en el cual dichas actividades (y, por lo tanto, los grupos que las personifican) se encuentran en el complejo general de las relaciones sociales (...) Por ejemplo, el obrero no se caracteriza específicamente por su trabajo manual o instrumental, sino por ese trabajo en ciertas condiciones y en determinadas relaciones sociales. Así se forman históricamente categorías especializadas para el ejercicio de la función intelectual, se forman en conexión con todos los grupos sociales, pero, especialmente, con los grupos sociales más importantes (p. 391).

El papel de los intelectuales en la reproducción del orden social se entiende, justamente, a partir del nivel de organicidad o conexión más o menos íntima con un grupo social fundamental y se ejerce en las múltiples mediaciones que conforman las superestructuras en sus dos planos: la sociedad civil y la sociedad política. Volvemos a Gramsci, para definir a los intelectuales como los “gestores del grupo dominante para el ejercicio de las funciones subalternas de la hegemonía social y del gobierno político” (1976: 394 y 395).